



El viaje de Pietro della Valle

El peregrino (1586 – 1652)

I.2.07 – Intrigas en la Corte del Gran Señor. La muerte de un Pachá...

Carta 2 desde Constantinopla, a 25 de octubre de 1614

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 22-12-2023
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Del VIAJE DE PIETRO DELLA VALLE “El peregrino”

Primera parte

TURQUÍA



CARTA SEGUNDA (cont.)

I.2.07 – Intrigas en la Corte del Gran Señor. La muerte de un Pachá...



**2ª CARTA desde
CONSTANTINOPLA
(entrega I.2.07)**

En la entrega anterior, la I.2.06, el Señor della Valle visita una tekka, la de los derviches de Péra y describe sus costumbres, vestimentas, y rituales, comparándolas con las comunidades monásticas cristianas, aunque señalando la mala fama que tienen esos derviches en la sociedad turca de la época; concluyendo ese capítulo con unos comentarios sobre las diversiones de los turcos durante el Ramadán.

Sus extravagantes representaciones. “... Durante la noche también se puede ver pasear por las calles una gran estatua hecha de aros superpuestos y cubiertos con una tela, que imita a la falda española y que en Nápoles se llama una *vertugade*; bajo este armazón así vestido, hay un hombre que es el que lo transporta, y que lo hace danzar una especie de zarabanda parecida a la chacona¹ de España. La cabeza de este monigote presenta dos caras; una es la de un hombre contrahecho, y la otra la de un carnero cornudo; cuando pasa por su lado esa farsa, ellos la llaman, y yo no conozco sus razones para ello, “ahí viene el camello que habla”, y aunque a mi parecer, éste sea un espectáculo bastante grosero, atrae aquí a una multitud de personas, aún más vulgares...”

Pero, pasemos de estos comentarios sin importancia a cosas de mayor enjundia.

Antiguos vestigios de Constantinopla. Desde el viernes de la semana pasada, el diecisiete de este mes de octubre [de 1614], al enterarme de que el Gran Señor² debía salir para ir a la mezquita, como suele hacer varias veces en ese día, sobre todo en la época del Ramadán, ya había decidido yo ir a Constantinopla para verle, ya que aún no se me había presentado esa ocasión; pero apenas había descendido cerca de Gálata, cuando un Shiaoux me aseguró que hoy no saldría, y también me contó que, en efecto, ese desfile era muy importante, y que toda la Corte, como de costumbre, debía cabalgar a su lado para escoltarle; pero que él se había retirado, y les aseguró que no volvería a salir durante mucho tiempo, lo que fue señalado por todos como una novedad muy extraordinaria. De todos modos, yo no dejé de cumplir con algunos de mis amigos el deseo que tenía de ir a Constantinopla, por donde nos paseamos durante cuatro o cinco millas, atravesándola enteramente de lado a lado: el que mira al mar, en donde en otros tiempos había un pequeño puerto, hoy cerrado, para retirar allí las galeras, y que en la actualidad está

¹ Baile español de los siglos XVI y XVII, muy extendido por Europa.

² Se refiere al Sultán.

abarroto; aunque todavía se puede apreciar frente a la muralla de la ciudad un arco de grandes dimensiones, por debajo del cual entraban las galeras. También he visto numerosas calles y mezquitas, mansiones de gente de alcurnia, y por ello, en lugares alejados del comercio, y menos frecuentados, por lo que uno se encuentra allí con poca gente.

*Nuevas sobre la
muerte del Gran
Visir, Nazuh
Pachá.*

Cuando por fin alcancé las Siete Torres, regresé a casa por un largo trecho de calles y caminos, de modo que al llegar ya había caído la noche. Tras ponerme cómodo, hacia las dos de la madrugada, me fui a mi lecho, y como no conseguía dormir, me entretuve con una buena conversación familiar, que pronto fue interrumpida por la llegada de una persona de la residencia del Señor Embajador de Francia para traerme la noticia, de parte de su Excelencia, de que el Primer Visir Nazuh Pachá, yerno del Gran Señor¹, había sido ejecutado por orden de éste último, esta misma noche, y que ese suceso tan extraño como imprevisto había sido la causa del extraordinario proceder del soberano, al no haber querido salir ese día del palacio. Este luctuoso acontecimiento se desarrolló del siguiente modo:

El martes pasado, este primer visir [Nazuh Pachá], en una audiencia había sido apresado y defenestrado por el Gran Señor, obligándole a abandonar el diwán, lo que hizo con gesto abatido. Previendo alguna desgracia sobre su fortuna, quiso adelantarse a la cólera de su Príncipe, y emprender una acción semejante a la de Séneca con Nerón, de modo que su final fuese bastante parecido. Envió al palacio a su esposa, segunda hija del Gran Señor, y bastante joven, para que suplicara a su padre de que diera el puesto de su marido a alguien más capacitado para su ejercicio, asegurándole que él mismo estaría conforme con ello, pues era consciente de haber cometido numerosos errores, debidos más a la ignorancia que a la malicia.

*El Gran Señor lo
mantiene en
secreto.*

Entonces el padre, queriendo ocultar sus intenciones, respondió a su hija que tenía otras ideas al respecto, y la dejó allí mismo sin querer dirigirle más la palabra; mas como había resuelto emplear todos los medios posibles para hacer que Nazuh muriera, y temiendo que, si éste se enteraba de cualquier rumor intentara salvarse huyendo, en ese instante proyectó adelantar la ejecución y que se llevara a cabo con el mayor secreto posible, sin que lo supiera nadie que pudiera darle aviso, ni su propia hija, ni tan siquiera la Sultana. Cuando decimos “Sultana”, así, sin más títulos, se entiende por extensión que nos referimos a la Sultana que el Gran Señor mantiene como si fuera su propia mujer, aunque no esté casado con ella, con objeto de ahorrarse los gastos de una gran Corte, y de un particular tren de vida que habría de llevar si fuera su verdadera esposa; no obstante, él la considera y tiene como a la más querida de todas sus concubinas y

¹ Nota de la traductora: Aunque Della Valle no lo menciona, es posible que, en 1614, año en que está fechada esta carta desde Constantinopla, el Sultán, Gran Señor del Imperio Otomano, fuese Ahmed I, que detentó el poder desde 1603 hasta su muerte en 1617.

de las otras sultanas que le han dado hijos. Esta Sultana se llama Kiosé, o Kiosém, y yo no sé en realidad si ese es su nombre o su apodo, bien porque sea la jefa de las otras damas, ya que Kiosém en turco, significa un animal que va a la cabeza del rebaño, y es el guía de todos los demás; o más bien la llamen así a causa de su cuerpo lampiño y sin vello, pues esa palabra también puede designar a una persona que no tiene vellosidades, o si las tiene, son muy menguadas, y yo creo que ésta es la verdadera razón de su apodo. También me han asegurado que es la hija de un fraile griego de un burgo o de una lejana ciudad, a unas doscientas millas de Constantinopla, y que es muy posible que desde su infancia la hubieran traído al serrallo, y que más por su gracia y gentileza, que por su hermosura, nada extraordinaria, es muy querida por el sultán Ahmed, el actual rey, y al parecer, ella ejerce un dominio soberano sobre él, siendo además la madre de su segundo hijo, y que al haber muerto la madre del primogénito, ésta es considerada y reverenciada por todos como la verdadera reina, y su autoridad es muy grande en los asuntos de Estado.

La sultana Kiosé, hija de un fraile griego.

La Sultana Kiosém siempre había favorecido al partido de Nazúh, como madre de esta hija del Gran Señor, casada con ese visir, y justo por eso vino la determinación de ejecutar a éste sin comunicarle nada a la sultana, su suegra. Y fue esa ejecución la causa de que este viernes del que os estoy hablando, el Gran Sultán hizo correr el bulo de que ese mismo día quería ir a la mezquita, avisándole de ello a Nazúh, y a los demás de que vinieran a acompañarle como de costumbre, con la intención secreta de hacerle asesinar públicamente en medio de la calle. Nazúh, temiendo algún accidente de ese estilo, o por cualquier otra razón, envió sus excusas al Gran Señor, diciéndole que por el momento no podía darle ese servicio, debido a que se encontraba enfermo, y suplicándole humildemente de que no dejara de salir por su culpa, pues le podían acompañar los otros visires y pachás. Ante este imprevisto, el Gran Sultán dijo que no podía salir de su palacio más que con él, y envió al momento a uno de sus hombres para que se informara de su salud, mandándole también, como se suele hacer con los enfermos, un sorbete, u otras bebidas deliciosas para calmar la indisposición. Algunos dicen que en el tarro había mezclado un veneno; pero la mayoría aseguran que no. Al saber que Nazúh estaba completamente sano, y no en el lecho, le ordenó que viniera a visitarle, para así ver también a la sultana y a su hija, y obligarle honestamente por todos los medios a salir de su morada para que viniera ante él, aunque, a mi parecer, por lo que el desarrollo de las cosas ha confirmado, lo hizo para evitar toda sospecha, y que se sintiera más seguro.

Intrigas del Gran Señor para buscar la ocasión de ejecutar en público a este visir.

El Sultán finge ir a visitar a su gran visir.

El Sultán envía a uno de sus oficiales para que le estrangule.

Poco después avisó a Nazúh de que él mismo iría en persona a visitarle, y en una carroza cerrada, de las que se sirve generalmente cuando quiere desplazarse a algún sitio sin ser visto, hizo que subiera a ella, en su lugar, el-Bustanyi Basi, el jefe y superintendente de los jardineros,

cargo muy importante en esta Corte, llevando una numerosa escolta de los más selectos cortesanos, como si se tratara del Gran Señor. Cuando el Bustanyi entró en el palacio de Nazúh, colocó a su gente en diversos lugares de alrededor, sobre todo cerca de la puerta, mientras él, con unas ocho personas de entre su gente más leal, se colaba subrepticamente en la habitación en la que se hallaba al que buscaba. Nazúh le preguntó qué nuevas le traía, y qué quería, y si venía con alguna orden dañosa sobre su persona, él le respondió que no, y que solo venía con instrucciones de parte del Gran Señor para que le entregara el Sello Imperial, del que era depositario el Gran Visir; algo que permitía juzgar lo que suponía ese gran y glorioso cargo. Una vez vista y leída esa orden, Nazúh replicó muy alterado e incluso encolerizado:

- ¿Cómo? ¿Es que hay alguien más capaz que yo para desempeñar este cargo? Tengo que saber de quién se trata. ¿Es qué se puede quejar de la fidelidad de mis servicios?

El-Bustanyi Basi añadió, que esa era la voluntad del Gran Señor, a lo que Nazúh respondió con sumisión que, puesto que el Señor así lo ordenaba, no sería él quien se opusiera a su voluntad, y le hizo entrega del sello. Entonces, el Bustanyi sacó de su bolsa, otro decreto, también de parte del Sultán, y presentándoselo, le dijo que el Gran Señor exigía su cabeza. Nazúh, totalmente acabado y temblando rogó que se le permitiera hablar con el Gran Señor y con su hija la sultana, esposa de Nazúh; pero el otro, le dijo que ya no había tiempo, y que no había recibido instrucciones en ese sentido. Nazúh le conjuró humildemente a que le concediera al menos un poco de tiempo para hacer sus plegarias, y cuando se puso a hacerlas, testimoniando así que estaba preparándose para sus últimas inquietudes, el-Bustanyi Basi le puso al cuello una cuerda de arco, y con la ayuda de su gente, lo estranguló limpiamente, llevándose de inmediato el cuerpo, envuelto en un tapiz, ante el Gran Señor, de modo que al verlo muerto, no dudara de su ejecución, al igual que siempre pedía que le mostraran pruebas efectivas de todas las demás ejecuciones que se habían hecho bajo sus órdenes, aunque esta costumbre nos pueda resultar extraña y bárbara.

La orden del Gran Señor fue ejecutada.

Cuando el Gran Señor lo vio, gritó:

- ¡Ah, perro infiel!

Y dijo algunas otras palabras injuriosas sobre aquel desgraciado; añadiendo, por último:

Inhumanidad del Gran Señor hacia este visir.

- ¡Cortadle la cabeza para que no resucite, no vaya a ser que ese perro vuelva a la vida!

De modo que le cortaron la cabeza en presencia del Gran Señor, que además mandó arrojar el cuerpo por la ventana fuera de las murallas del jardín, en donde tras permanecer allí poco tiempo, el Sultán expresó su deseo de arrojarle a las olas del mar; pero le pidieron gracia para enterrarlo en una casa de campo que tenía en Asia, cerca de Scutari, frente a Constantinopla, del otro lado del mar; a lo que el Gran Señor respondió que no quería, ni siquiera después de muerto, que pudiera pasar a Asia, o a Anatolia, en donde él suponía que ese gran visir había deseado retirarse como refugio, con la idea de suscitar alguna revuelta; así que tuvieron que contentarse con el simple permiso de enterrarle fuera de la ciudad en un terreno particular, y solo con un poco de tierra por encima, sin tumba de piedra, ni nada parecido, como si fuera una de las personas más viles de lo más bajo del pueblo, y de esta suerte, le dieron sepultura dos hombres, reclutados entre lo más abyecto, y que en su lengua se les conoce como los *Agiamoglians*, recibiendo estos la orden de llevarse el cadáver.

Simplemente le hace enterrar.

En el momento en que el Gran Señor tuvo la certeza de la muerte de Nazúh, ya había cumplido con sus oraciones, y había agradecido a Dios el haberle protegido de los inevitables peligros que habría corrido si ese hombre hubiera vivido más tiempo, de modo que prosiguió con otras plegarias, regadas con sus lágrimas, para que el Cielo le proveyera de un buen visir, mientras se lamentaba de que desde que había comenzado a reinar aún no había sido lo suficientemente afortunado como para escoger uno que fuese un verdadero hombre de bien. Se ha hablado largo y tendido sobre las razones de la muerte de Nazúh, no obstante, todo el mundo está de acuerdo y con fundamento, de que la causa principal fueron las numerosas enemistades que se había labrado debido a su mala conducta, sin haber tenido la habilidad suficiente como para al menos, haberse hecho con la amistad de alguno de los grandes del reino.

Entre sus peores enemigos figuraban el *Muftí*, que para ellos es su jefe Religioso, algo parecido a nuestro Patriarca; Muhammed Bassa, el que le ha sucedido en el cargo de Gran Visir, así como los embajadores de los Príncipes Cristianos, y otras muchas personas de renombre, que no habían podido contribuir a su perdición.

Los puntos más importantes de la acusación contra el visir depuesto, según comentó el Príncipe, fueron que él [Nazúh] había mandado matar a gran número de personas inocentes para hacerse con sus bienes; que él, sórdidamente había amañado ese tráfico, mandando vender diversas mercancías en los Países Cristianos o a los aliados con Turquía; que había falsificado moneda, es decir, que había acumulado un montón de *Tollers* y *Piastras*, monedas extranjeras de buena ley, para fundirlas y hacerse fabricar una moneda del país llamada Sciahi, que no contenía ni la mitad de su valor en plata, quedándose con la otra mitad para su propio beneficio. También se le reprochaban mil y un fraudes de esa naturaleza. Aunque todas esas faltas habrían sido perdonadas, de no ser por el golpe mortal

que cortó de raíz su fortuna y su vida: la sospecha de rebelión y de haber conspirado con los persas; algo de lo que la gente con más sentido común lo consideraban inocente. Bien es cierto que [Nazúh] ocultaba al Gran Señor las conquistas que hacía el rey de Persia, hecho este que, los partidarios del difunto Nazúh, sostenían no haber significado bajo ningún concepto una traición, ya que éste siempre se había mostrado muy celoso en evitar que los Francos (es decir, los otros cristianos de nuestra Iglesia Latina) tuvieran el camino libre para tratar con Persia, y para poner en orden otras cosas concernientes a ese país; pero que si él lo había ocultado, era, quizá, porque aún no había podido aportar una solución, esperando a que vinieran tiempos más propicios.

Nazúh fue sospechoso de ser un espía de los persas.

Tocante a estos asuntos relativos a Persia, quien más le perjudicó [a Nazúh] fue Mahmud Pachá, también visir, apodado *Cigalogli*, que significa hijo del *Cigala*, porque el renegado *Cigala*, aquel que fue famoso Capitán del Mar, era su padre. Cuando [Mahmud Pachá] fue desplazado del cargo de gobernador de no sé si Babilonia u otro país vecino de Persia, en cuanto llegó a Constantinopla habló mal de Nazúh ante el Gran Señor, diciendo que había hecho morir a un oficial muy fiel servidor de su Alteza, solo por quedarse con sus bienes, y que después de su muerte los turcos habían sufrido grandes pérdidas por el ataque de los ejércitos persas, para los que Nazúh espiaba. Como prueba de ello Mahmud presentó algunas cartas que el otro había interceptado, haciendo morir al oficial en secreto, y luego enterrarlo en su propia tienda de campaña. También dijo que Nazúh por casualidad lo había encontrado en el campo, cuando se dirigía a estos lugares, después de haberle invitado para que descansara allí un poco. Sea como sea, el pueblo no acababa de creerse este asunto del espionaje con los persas, sino tan solo un breve intento de rebelión de Nazúh, que consistió simplemente en no aparecer por la Corte, retirándose con algunas de sus tropas para su seguridad, a alguna parte de Asia, aunque siempre en los dominios del Turco.

Nazúh fue acusado de numerosos crímenes por otro visir enemigo suyo.

En mi opinión, tan creíble es una hipótesis como la otra, porque si bien es verdad que pudo concebir el deseo de rebelarse, como muestran algunas apariencias, y por lo que voy a decir a continuación, en consecuencia, se puede inferir que había algo de verdad en ese espionaje a favor del Estado Persa, muy necesario por su apoyo en esta ocasión. No hago demasiado caso a lo que se alega para justificarle; a saber, el celo que aparentaba en ciertos enfrentamientos, que por cierto no eran considerables, en el sentido de obligar a los Persas; tal y como pretendía diciendo que así impedía a los nuestros pasar adonde los Persas, y otras nimiedades parecidas, porque todo ese proceder, al parecer, solo era una argucia para que nadie sospechara de él. Tal y como ya he comentado con anterioridad, este [Nazúh] era un hombre grueso, con

Sospechas del Señor Della Valle sobre este asunto.

Aspecto de ese malhadado visir.

una mirada, si no odiosa, al menos fiera y altiva; de malas costumbres; tramposo, cabizbajo, de corazón malvado y furibundo.

Su baja condición y su progreso en la Corte del Gran Señor.

Después de haber hablado sobre su trágico final, ahora voy a comentar algo acerca de su vida. Nació cerca de Salónica, hijo de un sacerdote griego, y desde su más tierna infancia, según creo, fue llevado con otros niños a Constantinopla como tributo; mas como suele pasar con estos niños, a muchos de ellos se les castra, después de haber sacado lo mejor de ellos, y se les convierte en eunucos, bien para servir al Gran Señor, o para el Serrallo, o en el ejército. [Nazúh] fue vendido a un tal Muhammed Aga, eunuco negro, al que sirvió durante mucho tiempo, con lo que se ganó la gratitud de su amo, apreciándolo tanto que le consideraba como si fuera su propio hijo, y aunque pensaba dejarle como heredero de todos sus bienes, habiéndole sorprendido en una acción fraudulenta contra sus intereses, le propinó una buena tanda de bastonazos, echándole en el acto de su casa. [Nazúh], hizo todos los esfuerzos posibles por congraciarse con su amo valiéndose de varios amigos, y aunque no pudo ser admitido de nuevo en la casa, en consideración de los que le habían

Sus primeros empleos en la Corte.

apoyado, su antiguo amo le ayudó a entrar en el Serrallo, en calidad de *Beltagi*, es decir, criado; pues estos *beltagis*, servidores de más bajo rango y muy numerosos, son los que salen con frecuencia para hacer compras por la ciudad, y realizan diversos servicios a las personas de más categoría que viven dentro de la Puerta con el Gran Señor, y que no salen jamás de allí más que para acompañarle. Nazúh, en este cargo, tuvo otro amo que también le tomó afecto y le procuró algunas prebendas más honestas; además, gracias a la intermediación de un amigo de este amo, al que se había ganado brindándole diversos oficios y llevando de parte suya mensajes dentro y fuera del palacio, fue de ese modo introducido, como persona de confianza, al servicio de la vieja sultana, la que ellos llaman *Validé Sultán*, es decir, la Sultana madre; lo mismo que en

Lo admiten al servicio de la Sultana Madre.

Francia se dice la Reina Madre, ya que esta dama era la madre del sultán Muhammed, padre del sultán que reina en la actualidad. Esta sultana, que todavía vive; durante los reinados de su marido y de su hijo, ha dispuesto absolutamente de la dirección del Imperio, y aunque no ejerza una gran autoridad sobre su nieto, al haber perdido su confianza por algunas disputas entre ellos, bien es cierto que aún posee inmensas riquezas y goza de un alto rango en el serrallo, en donde se la considera una persona de muy alta estima. Esta dama envió a Nazúh a Alepo para recoger ciertas rentas que los árabes estaban obligados a pagar, y que la negociación de Nazúh fue del agrado de la vieja sultana, pues dobló la cantidad recaudada, lo que le colocó en tan buena posición, que la sultana hizo que lo nombraran Pachá, procurándole muy buenas gobernaduras. Primero fue enviado a Alepo, como Pachá de esa provincia, en donde cometió numerosos abusos, de los que fue acusado, por lo que el Gran Señor lo destituyó de su cargo, enviándole a quien había de sustituirle; pero Nazúh se

negó en redondo a aceptar esto, y se defendió todo lo que pudo tanto con razonamientos, como con las armas. Cuando ya no pudo resistir más, se sometió, y para justificar esa sospecha de rebelión, se fue en secreto hasta Constantinopla, de tal modo que ni siquiera el gran visir estaba al tanto, y se presentó ante el Gran Señor, excusándose y diciendo que antes de dejar su cargo, creía tener razón al querer ver la orden de su propia mano [la del sultán], porque él bien conocía los engaños que los visires suelen llevar a cabo en la Corte. En fin, que defendió tan bien su causa, que el Gran Señor como persona bondadosa que es, no sólo no se sintió ofendido, sino que presentó a Nazúh en la Corte, cuando todos los Pachás y visires aseguraban que jamás tendría el valor de presentarse; algo que a Nazúh le pareció una muy buena medida para mortificar a cuantos le envidiaban y a sus enemigos. Una vez que consiguió de este modo la estima y amistad de su Príncipe, se le nombró Pachá de Babilonia, pero esos pueblos que por encontrarse en las fronteras no se puede decir que vivan con una obediencia muy estricta, no quisieron ni recibirle; muy al contrario, debido a que él quiso instalarse allí por la fuerza, se vio derrotado y rechazado en tres distintos enfrentamientos; con lo que se vio obligado a retirarse; pero como no quería regresar a Constantinopla, se detuvo en Mesopotamia, en donde gracias al Gran Señor obtuvo su gobierno, aunque apareciera más como un rebelde que como un verdadero gobernador. Incluso el generalísimo Murad Pachá, cuando pasó con todo el ejército por allí para atacar a los persas, los hizo atravesar las tierras de Nazúh, con órdenes de que lo matara, pero al parecer, vino a encontrar que era un buen hombre honrado, con lo que se abstuvo de hacerle daño alguno, y le tomó gran afecto, buscando todos los medios para hacerle pasar ante el Príncipe como su más fiel confidente. Nazúh, como recompensa ante la buena voluntad que Murad le mostró, en cuanto tuvo ocasión le dio una pócima, simulando que era un remedio para una dolencia que le había sobrevenido, y que resultó ser un veneno, según afirma todo el mundo.

Es nombrado Pachá gracias a las intrigas de la Sultana Madre.

Se mandan escritos en su contra a la Gran Puerta.

Su infidelidad en cierta ocasión.

Nazúh se autoproclama Gran Visir.

Murad, sintiendo que su enfermedad se agravaba cada vez más, escribió al Gran Señor diciendo que a cualquier precio Nazúh debía ascender a la categoría de Gran Visir, que iba a quedar vacante por su próximo fallecimiento, y que por este asunto él lo enviaría a Constantinopla; pues de otro modo, si se quedara allí, podría resultar un peligro por la rebelión que andaba tramando; ya que Nazúh era un mal hombre, del que solo cabía esperar desgracias, y que fuera como fuera, era totalmente necesario sacarlo de allí, y llevarlo a la Gran Puerta, para poder disponer de su persona teniéndolo cerca. Al fallecer Murad, Nazúh, por su cuenta y riesgo, y sin haber recibido ninguna orden de la Gran Puerta, ni de nadie, se autonombró Señor del Sello del Príncipe, y Gran Visir; escribiendo al Soberano que al haber muerto Murad en su casa, él se había hecho cargo del Sello y de la función

de Gran Visir, como era su deber en una ocasión así, hasta que su Alteza dispusiera otra cosa. El Gran Señor le respondió que había obrado bien, y que le confirmaba en su función, invitándole a regresar a Constantinopla, para ejercer los deberes de su cargo. Nazúh demoró su partida durante mucho tiempo, demostrando así que no le apetecía demasiado, y mientras tanto tuvo ocasión de ejecutar, algo muy practicado en Turquía, mediante calumnias, a todos los amigos y sirvientes de Murad; a unos, por odios empedernidos, a otros, para aprovecharse de sus riquezas. De todo esto cabe señalar que sus criados, cuando le aconsejaron que mejor sería actuar de otro modo, pues un día le podrían pagar a él con la misma moneda, él les respondió que no merecía la pena inquietarse, pues lo que más le gustaría es que cuando él muriera todos los suyos se fueran al diablo.

*El Gran Señor
le confirma en
el cargo.*

Finalmente, el Gran Señor, le presionó tanto con sus promesas, acompañadas de juramentos, de, no solo perdonar todo lo pasado, sino incluso de darle en matrimonio a su hija pequeña que, aunque todavía

en una edad en la que no podía yacer con él, la consignaría para que viviera en su casa como su esposa. Tanto y tanto insistió el sultán, que al fin le persuadió de volver a la Corte, aunque siempre con el oculto y profundo deseo en su alma de quitarle la vida. Pero cuando Nazúh llegó, alegó con tal destreza las numerosas razones que justificaban sus actos pasados, con el apoyo de la Sultana, su suegra, a la que había embarcado en sus intereses, prometiéndola que él haría llegar al

*Le hace su
confidente.*

trono del imperio al segundo hijo del Gran Señor, hijo de ella, y hermano de su mujer; de tal modo que lejos de creer en sus crímenes, cuyo solemne perdón los había borrado de su memoria, él se veía ya elevado a

un grado tan alto en el favor de su Príncipe, que parecía ser él quien gobernara, y era temido por todo el mundo, y cuando el Gran Señor recibía las quejas y memoriales denunciando el proceder de Nazúh, él se los enviaba para que los leyera, y les diera respuesta. Se suponía que toda esta fortuna no habría podido llegar a un grado tan alto sin la ayuda de la magia, ejercida por un renombrado hechicero que siempre llevaba Nazúh a su lado y que vivía en su palacio. Pero a

*El llamativo
final de Nazúh.*

pesar de todo esto, cuando le llegó su hora, cayó de un golpe, muriendo en medio de sus riquezas de un modo miserable y vergonzoso, ante la indiferencia de las personas que hubieran podido socorrerle, y lo que

aún es más digno de señalar es que todo esto se produjo un viernes, día de especial veneración para los musulmanes, y, por si fuera poco, en Ramadán, un tiempo en el que jamás se llevaban a cabo tales ejecuciones.

En lo que respecta a la joven esposa del difunto, no es de extrañar que al Gran Señor no le importara lo más mínimo dar este Golpe de Estado, porque estas princesas bárbaras pretenden, actuando de esta suerte, que obtendrán mayor beneficio para sus hijas, puesto que con esta maniobra las convierten en herederas, si no del total, al menos de una buena parte de los bienes confiscados a sus maridos ejecutados; casándolas rápidamente con otros, de modo que ellas no

*Las sultanas
tratan a sus
maridos como a
sirvientes.* tienen mucho de qué afligirse; otra cosa bien distinta es que las sultanas tratan a sus maridos como a sirvientes, mostrándose ante todos como sus señoras, y buena prueba de ello es el puñal guarnecido de joyas que llevan siempre en el cinturón, considerado un símbolo de su autoridad, y no permitiendo, al igual que algunas otras, que sus maridos tengan relación en sus apartamentos con ninguna concubina, ni siquiera con cualquier mujer esclava, a menos que sean informadas de ello...



Próxima entrega: I.2.08 – Muhammed Pachá, sucede al asesinado Nasúh como nuevo Gran Visir del Sultán.